

LA CIRCULACIÓN DE LAS LEYENDAS. LA DOBLE NORTEAMERICANA DE AGUSTINA DE ARAGÓN*

M.a Antonia Fernández Jiménez

Los británicos ante la lucha de las españolas

En la Europa convulsionada por la amenaza napoleónica miles de ciudadanos se movilizaron para defender a sus respectivos países de la agresión exterior. Pese a que en cada territorio la respuesta fue singular, obedeciendo a estructuras sociales y a valores diferentes, la organización de un movimiento de amplia base social fue el denominador común en aquellos lugares que sintieron que estaban viviendo un momento de verdadera emergencia nacional. En este proceso, la resistencia española fue el ejemplo a seguir ante la embestida del ejército napoleónico.

Gran Bretaña sería el principal propagador de la valiente respuesta de los españoles frente a los franceses. De los españoles y también de las españolas, porque el elemento femenino de la reacción anti-napoleónica sorprendió y fue valorado positivamente, provocando reacciones de apoyo difundidas de inmediato en la prensa de aquel país. El 13 de enero de 1809, “The Times” publicó una proclama dirigida a las mujeres británicas exhortándolas a solidarizarse con la lucha de las mujeres de España. En los meses transcurridos desde el estallido de la guerra contra los franceses hasta la publicación de este artículo, los españoles habían mostrado la firmeza con la que encararían la invasión napoleónica. Gestas tan célebres como el levantamiento de mayo en Madrid, la batalla de Bailén y los sitios de Zaragoza así lo indicaban. La enemistad entre españoles y británicos, latente todavía tres años después de la batalla de Trafalgar, cedería paso a una re-

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación titulado *El liberalismo femenino en la España de Fernando VII: Mujeres, clandestinidad y exilio (1823-1833)*, Har2009-08927, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

conciliación forzada por la existencia del gran enemigo común. Esa reencontrada amistad con Gran Bretaña haría de este país un aliado de España seducido profundamente por la heroicidad exhibida por el pueblo español ante la ofensiva del ejército más temido de Europa. Una manera de engrandecer esa rebeldía consistía en dar a conocer la resistencia popular en un escenario sumamente simbólico: las ciudades sitiadas.

Muchos fueron los Autores británicos que tempranamente narraron el memorable episodio de la capital aragonesa. *Narrative of the Siege of Saragoza*¹, un pequeño libro de treinta páginas publicado en Londres en enero de 1809, fue el principal canal de propaganda de la gesta española. Su Autor, Charles Richard Vaughan, conocido investigador y viajero británico, se había hecho un nombre desde que en 1800 comenzase su periplo por varios países europeos y asiáticos. A España llegó por primera vez en 1802 con la intención de conocer en profundidad el país. Cuando en 1808 el gobierno británico envió a la Península al diplomático Charles Stuart, barón de Rothesay, en calidad de observador político, éste decide hacerse acompañar por Charles Vaughan, a quien había conocido en 1805 en San Petersburgo. A Stuart le parecía la persona idónea para ser su secretario particular por el conocimiento que tenía del territorio, de los españoles y de su lengua². Una vez en España, los ingleses asistieron a las asambleas de varias juntas provinciales del norte con el fin de valorar el verdadero alcance de las complicadas circunstancias políticas por las que atravesaba el país. Vaughan estaría presente en acontecimientos tan señalados como la primera reunión de la Junta Suprema Central celebrada en Aranjuez el 25 de septiembre y visitaría ciudades tan emblemáticas como la Zaragoza posterior al primer sitio. Por tanto, pudo ver con sus propios ojos los efectos que la reciente resistencia popular había producido en aquel lugar.

La carrera diplomática de Vaughan comenzó verdaderamente cuando, después de cuatro meses de recorrido por España, fue nombrado secretario del director de Foreign Office, lord Bathurst. En enero de 1809, instalado de nuevo en Gran Bretaña, publicó *Narrative of the Siege of Saragoza*, coincidiendo con el segundo sitio al que estaba siendo sometida la ciudad. En el prólogo a esta primera edición, se mostraba solidario con los zaragozanos y se comprometía a entregar el dinero recaudado por la venta del libro para mitigar su sufrimiento. Vaughan, en calidad de secretario de la legación británica ante la Junta Suprema Central, vuelve de nuevo a España en enero de 1810, acompañando al general Charles W. Doyle y a su lugarteniente William Candevish. Regresa una breve temporada a Londres y otra vez de vuelta a España, concretamente a Cádiz, en febrero de 1812. El

1. C. R. Vaughan, *Narrative of the Siege of Saragoza*, London, James Ridgway, 1809.

2. M. Rodríguez Alonso (ed.), *Charles Richard Vaughan. Viaje por España en 1808*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma, 1987, p. 48.

objetivo perseguido por los británicos con esta nueva visita consistía en contactar con personas influyentes de la capital aragonesa a fin de recabar información de primera mano sobre la marcha de la guerra y así concretar la ayuda económica de su gobierno al de España. El general José Palafox actuaría de intermediario para que el grupo de extranjeros cumplierse satisfactoriamente su cometido. Gracias a su influencia, una de las primeras personas que los británicos conocieron fue la condesa de Bureta³, que a Vaughan le pareció una mujer extremadamente fuerte y resolutiva. María Consolación de Azlor y Villavicencio, condesa de Bureta, considerada una de las heroínas del sitio de Zaragoza, había transformado su mansión en refugio de monjas y mujeres con las que creó el llamado “escuadrón de las Amazonas”, encargado de llevar víveres a los combatientes y de cuidar de los heridos. La buena impresión que le causó a Vaughan parece ser la razón de elegirla para entregarle el dinero obtenido con la venta de su exitoso libro, del que se hicieron nueve ediciones consecutivas. El 14 de septiembre de 1813, desde Cádiz, Vaughan se dirigió a la noble aragonesa ofreciéndole la cantidad recaudada para que ella la diese el destino que creyese más oportuno⁴.

María Consolación de Azlor se puso manos a la obra y solicitó del ayuntamiento de Zaragoza una lista con las personas que más habían perdido a consecuencia de los sitios. Para socorrerles, propone repartir la donación de Vaughan en treinta y un lotes de 320 reales y uno de 400 y que cada uno de ellos fuese sorteado entre los vecinos. Tras establecer la relación de solicitantes y proceder a la celebración del sorteo, el dinero se entregó a los agradecidos, que en su inmensa mayoría fueron viudas y huérfanos de los civiles protagonistas de la lucha contra los franceses. La condesa quería que su caritativa actividad, esto es, dar buen destino a la generosidad del “noble caballero inglés”, de la que ella era mediadora, tuviese la mayor difusión posible. Por este motivo, pide que tanto Vaughan como el poeta Robert Southey⁵, que en esas fechas estaba escribiendo una historia de la guerra española, recibiesen una copia de la relación de los ciudadanos que habían solicitado la ayuda. Su intención era que en este texto se relatasen las historias de cada uno de los vecinos beneficiarios y la contribución que sus familiares habían hecho a la resistencia de Zaragoza. Estaba claro que la condesa no quería que cayesen en el olvido los detalles de la proeza que había asombrado al mundo, y en la que ella había participado activamente.

Pese a estar documentada y ser muy importante la relación establecida entre los diplomáticos ingleses y la noble condesa de Bureta fueron las mujeres de extracción humilde las que terminaron instalándose en el imagi-

3. N. Marín Arruego, *La condesa de Burueta*, Zaragoza, Comuniter, 1999.

4. A. Serrano Montalvo, *El donativo inglés*, en “Zaragoza”, 1958, n. 7, pp. 207-214.

5. John W. Warter (ed.), *Selections from the Letters of Robert Southey*, London, Longman, Brown, Green and Longmans, 1856, vol. II, p. 271.

nario fundacional de la España contemporánea como elementos simbólicos nacionales. La historia de Agustina de Aragón tendría la mayor carga épica de todas las nacidas al calor del conflicto armado entre franceses y españoles. Su imagen se fue construyendo con la suma de diversos relatos de protagonistas directos o indirectos de los hechos. El gran número de Autores extranjeros que escribieron sobre la heroína de Zaragoza explica que terminase convirtiéndose en un modelo a seguir en otros países del mundo. La enorme difusión de *Narrative of the Siege of Saragoza* hizo que los británicos, y a través de ellos el resto del mundo, se enterasen de en qué había consistido la proeza de la valerosa artillera española. Las virtudes positivas que Vaughan le atribuye en su relato, juventud, belleza, sencillez, origen humilde y valor, serán utilizadas una y otra vez en la construcción de un ideal femenino patriótico digno de ser laureado por las autoridades políticas y militares del momento.

Tras los sitios de Zaragoza, la vida de Agustina no había sido un camino de rosas, con una historia sentimental poco clara y el dolor del fallecimiento de su pequeño hijo. Pese a todo, tuvo la fuerza suficiente para huir de manos de los franceses, sobreponerse al sufrimiento personal y sacar partido a su gesta. Cuando el escritor inglés publicó su trabajo sobre Agustina de Aragón, ella se encontraba en Andalucía recibiendo el reconocimiento de la Junta Central con la concesión del grado de subteniente de artillería y el sueldo correspondiente. Esos momentos de gloria los reflejó su hija Carlota Cobo⁶ en una novela publicada en 1859⁷ con la intención de reivindicar la figura de su madre. En *La ilustre heroína de Zaragoza, o la célebre amazona en la Guerra de la Independencia*, Carlota Cobo⁸ aseguraba que en Cádiz su madre fue invitada a corridas de toros, elegantes banquetes y todo tipo de agasajos. Según el filial relato, en esta ciudad andaluza fue donde Agustina conoció a lord Wellington a través del agente británico al servicio español Charles W. Doyle. Carlota escribe que en la fiesta celebrada en casa de Arthur Wellesley se produjo un intercambio de presentes muy interesantes. No hay que dejar pasar por alto la idealización que Carlota Cobo hace de la figura de su madre en una biografía cuya publicación coincidió con el estallido de la guerra de África de 1859-1860, un conflicto que provocó el fortalecimiento del nacionalismo español con referentes patrióticos tan potentes como el de *La Artillera*.

Es cierto, en todo caso, que en esta etapa andaluza, Agustina conoció a varios ingleses que reconocieron su mérito. Entre ellos figuraba John Carr, autor de *Descriptive Travels in the Southern and Eastern Parts of Spain and the Balearic Isles in the year 1809*. Este libro, publicado en 1811 y de-

6. Carlota Cobos había nacido del matrimonio contraído por Agustina de Aragón con el médico Juan Cobos en 1824.

7. C. Cobos, *La ilustre heroína de Zaragoza o la célebre amazona de la guerra de la Independencia*, Madrid, Imprenta de Santiago Aguado, 1859.

8. En la novela figura el apellido Cobo, sin la letra *s* del paterno.

dicado a lord Holland, contenía elogiosas descripciones de la arquitectura de Cádiz y de las costumbres de sus gentes. En el relato acerca de la bulliosa ciudad andaluza, repleta de residentes foráneos que la guerra había arrastrado, aparece la figura fascinante de *La Artillera*. El Autor agradece al general Doyle que le haya presentado a una heroína que todo el mundo conoce gracias al relato de Charles Vaughan. Como el resto de los Autores fascinados por esta biografía, Carr la presenta como una mujer joven, bella y valiente. Este Autor inglés da mucha importancia al hecho de que hubiese sido distinguida con grados militares, condecoraciones y una paga. En su opinión, lo más extraordinario de todo era la consideración de miembro del ejército que los militares le otorgaron.

Dentro de este grupo de insignes viajeros ingleses conocedores de la historia y las hazañas de la heroína española figuraban la pareja formada por Elizabeth Vassal y su esposo Henry Richard Vassal Fox, barón de Holland. El noble matrimonio era muy considerado en la Inglaterra de principios del siglo XIX por organizar una tertulia política y literaria sumamente influyente en la época. Por los aristocráticos y cosmopolitas salones de su residencia londinense pasaron grandes personalidades del mundo literario, artístico, diplomático y político del momento. Lord Byron, Washington Irving, o Charles Dickens se encontraban entre los asiduos a aquellas afamadas reuniones, que continuaron celebrándose durante los años de la Restauración⁹. La pareja también destacaba por sus continuos viajes por Europa, uno de ellos realizado a la España ocupada por las tropas napoleónicas¹⁰. Los acontecimientos que se produjeron durante aquellos intensos meses fueron anotados por Lady Holland¹¹ en un diario que se publicaría en 1910 con el título de *The Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland*. El texto recogía los hechos en sí mismos y la impresión que éstos habían provocado en su Autora. Obviamente, entre los detalles sobre el curso de la guerra y sus principales protagonistas se hallaba Agustina de Aragón. Pese a que Elizabeth Vassal no llegó a conocer personalmente a la heroína de los sitios, se refirió a ella en la entrada correspondiente al día 29 de abril de 1809. Al parecer, lady Holland no contrastó las noticias que sus fuentes de información le proporcionaron y dio por muerta a Agustina que, en esas fechas, lejos de haber perecido, se encontraba en Madrid. Tampoco hay indicio alguno, como la noble inglesa afirmaba, que induzca a pensar que soldados franceses hubiesen destruido dibujos de Francisco de Goya en la habitación de José Palafox¹².

9. L. Mitchell, *Holland House*, London, Gerald Duckworth, 1980.

10. M. Moreno Alonso, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997.

11. E. Holland, *The Spanish Journal of Elizabeth lady Holland*, London, The Earl of Ilchester, 1910.

12. G. Dufour, *Goya durante la guerra de la Independencia*, Madrid, Cátedra, 2008, p. 59.

A la intensificación de la fama internacional de la heroína de los sitios de Zaragoza contribuyó enormemente la relevancia literaria de algunos de los Autores que escribieron sobre ella. El más prestigioso de todos fue lord Byron. El insigne poeta inglés había iniciado un viaje por Europa en junio de 1809 en compañía de su amigo John Hobhouse. Tras desembarcar en el puerto de Lisboa, los dos viajeros se dirigieron al sur de España utilizando caballos como medio de transporte. Fue durante su estancia veraniega en Andalucía cuando lord Byron oyó hablar de Agustina de Aragón. Los pormenores de la gesta de la heroína española le impresionaron hasta el punto de dedicarle unos versos en su memorable relato *Las peregrinaciones de Childe Harold*. En el primer canto del poema, redactado pocos meses después de su viaje por la península ibérica, el atormentado viajero Childe Harold mostraba al mundo la admiración que la belleza y el valor de la heroína de los sitios de Zaragoza habían provocado en Byron:

Su amante cae exánime [...] ella no derrama una sola lágrima inútil; fenece su jefe [...] ella es quien ocupa su puesto fatal; los soldados retroceden [...] acude y les corta el paso en su huída cobarde; finalmente, es rechazado el enemigo [...] ella es la que guía a los vencedores: ¿quién podría guardar mejor la sombra de un amante? ¿Quién podría vengar la muerte de un jefe, devolviendo la esperanza a los guerreros consternados? ¿Quién sería capaz de sentir como ella el odio contra los franceses obligados a huir ante el brazo armado de una mujer, frente a una muralla medio derrumbada¹³.

La Artillera norteamericana

En 1775, tres décadas antes de las guerras napoleónicas, las Trece Colonias inglesas de América iniciaron una revuelta contra la metrópoli en la que la presencia de las mujeres fue muy apreciable. En poco tiempo, la causa de los colonos americanos en la llamada guerra de la Revolución proporcionó relatos de heroísmo femenino elaborados con elementos narrativos similares a los utilizados en la crónica de la guerra de la Independencia española. La leyenda de una joven que pasó de suministrar agua a los soldados a disparar ella misma el cañón desatendido por la muerte del artillero, presumiblemente su marido, está presente en ambos procesos pese al tiempo y al espacio que los separa.

La protagonista americana de esta historia perteneció a aquella legión de mujeres forzadas a seguir los pasos de los hombres una vez iniciada la lucha. No fueron, sin embargo, meras comparsas del destino de los revolucionarios. Ya en las primeras protestas contra la metrópoli, ellas se habían

13. Lord Byron, *Las peregrinaciones de Childe Harold*, Madrid, SAPE, 2006, pp. 31-32.

implicado organizando boicots a los productos manufacturados británicos. Con la guerra en marcha, miles de esposas, madres o hermanas — también hubo sirvientas o amigas — siguieron a sus maridos, padres o hermanos allá donde la lucha les llevaba. Fueron las llamadas *camp followers*¹⁴, las que les acompañaron y les proporcionaron el apoyo y la ayuda que pudieron. Mientras el conflicto duró, este ejército femenino subalterno realizó labores de limpieza y de cocina, además del cuidado de los heridos y los enfermos. La inmensa mayoría de ellas eran pobres y jóvenes, muchas con hijos pequeños a su cargo. En estas condiciones, es fácil imaginar que la decisión de enfrentarse a los ingleses no la tomarían a la ligera. Bastante bien sabían que a partir de ese momento toda la familia, hijos incluidos, llevaría una vida llena de penalidades. No obstante, el miedo ante la inminente destrucción de sus hogares no les dejaba otra elección. Se trataba de elegir entre vagabundear sin rumbo o seguir a los combatientes. Muchas optaron por lo segundo.

Una de las primeras referencias a las *camp followers* americanas apareció en *Revolutionary Women in the War for American Independence*¹⁵, libro publicado en 1848 por Elizabeth Ellet. La Autora era una culta ama de casa americana dedicada a traducir leyendas y cuentos de hadas europeos. Partiendo de esta temprana afición desarrolló una intensa carrera literaria y periodística. Su proyecto más ambicioso fue esta historia de las mujeres de la guerra de la Revolución construida con relatos orales. Ellet pensaba que para analizar con profundidad la mentalidad de las anónimas luchadoras americanas era esencial recabar todos los testimonios posibles. Las pocas décadas que separaron la publicación de su obra y los acontecimientos estudiados le permitieron recabar la opinión de los testigos de los hechos descritos, es decir, acudir a fuentes directas, más o menos fiables, eso sí. El rosario de pequeñas historias de mujeres, con nombres y apellidos, repartidas a lo largo de los escenarios de la lucha contra los británicos, constituyó, por tanto, la materia prima con la que redactó los tres tomos de su obra.

Aunque parece claro que la mayoría de las *camp followers* se mantuvieron relegadas a un papel secundario en la lucha revolucionaria, algunas contribuyeron activamente al esfuerzo bélico. Ciertamente, no era algo excepcional que cuando, en medio del fragor de la batalla, un hombre caía herido o muerto surgiese una mujer con el carácter y el valor suficiente para reemplazarle y seguir combatiendo¹⁶. Al parecer, estas situaciones, lejos de ser

14. M. B. Norton, *Liberty's Daughters: the revolutionary Experience of American Women, 1750-1800*, Ithaca-New York, Cornell University Press, 1996.

15. E. Ellet, *Revolutionary Women in the War for American Independence*, Westport (Connecticut), Landmark Series, 1848.

16. C. Berkin, *Revolutionary Mothers. Women in the Struggle for America's Independence*, New York, Knopf Book, 2005, pp. XV-XVI.

excepcionales, se producían con relativa frecuencia. Así lo atestiguó, por ejemplo, Albigense Waldo, un cirujano que sirvió en el regimiento de Connecticut durante la guerra, que proporcionó uno de los primeros indicios de la presencia de luchadoras en el campo de batalla. El 3 de julio de 1778, Waldo anotó en su diario la acción de una de ellas siguiendo la información que le había facilitado un oficial al que atendió de sus heridas:

One of the camp women I must give a little praise to her gallant, whom she attended in battle, being shot down, she immediately took up his gun and cartridges as like a Spartan heroine fought with astonishing bravery, discharging the piece with as much regularity as any soldier present. This a wounded officer, whom I dressed, told me he did see himself she being in his platoon, and assured me I might depend on its truth¹⁷.

Minoritaria y muy distinta a la descrita en este texto fue la vida de las mujeres de los oficiales que, aunque visitaban los campamentos, jamás llegaron a implicarse en la lucha en el frente¹⁸. No les hizo falta luchar para llegar a ser referentes patrióticos femeninos, su ascendiente sobre los grandes hombres de la revolución tenía la fuerza suficiente para erigirlas en heroínas de la causa. De todas ellas, la biografía de Abigail Adams fue la que más celebridad alcanzó, precisamente por ser consejera de su esposo, John Adams, el segundo presidente de los Estados Unidos y la madre del sexto, John Quincy Adams. Dado que el primer Adams fue uno de los *Founding Fathers*, a ella se le adjudicó la categoría de *Founding Mother*. Dicha relevancia fundacional la consiguió, por tanto, gracias al papel desempeñado por su marido y no por el suyo propio. Obtener notoriedad pública por la vía matrimonial era una posibilidad que estaba al alcance de estas mujeres, aunque no todas supieron utilizarla con el mismo provecho. En el caso de Abigail Smith su ascendiente sobre uno de los hombres más importantes del país en construcción le permitió influir indirectamente, pero influir al fin y al cabo, en los asuntos públicos.

Desde joven Abigail había sentido una fuerte inquietud social que aumentaría después de contraer matrimonio con John Adams y muy especialmente a partir de la elección de éste como miembro del primer Congreso Continental en 1774. En el periodo crucial en el que los *Founding Fathers* americanos estaban definiendo el modelo de Estado que iban a constituir, ella mantenía largas conversaciones con su marido sobre cuestiones cruciales del momento político. Los debates de la pareja acerca de los conceptos de libertad, independencia o derechos de las mujeres, por poner algunos ejemplos, eran muy habituales. La estrecha relación política del matrimonio Adams ni siquiera se interrumpía durante los frecuentes

17. D. G. Martin, *A Molly Pitcher Sourcebook*, Hightstown (NJ), Longstreet House, 2003, p. 2.

viajes del esposo. En aquellos largos periodos de separación, el intercambio de puntos de vista lo seguían manteniendo de forma epistolar. El 31 de marzo de 1776, Abigail remite a su influyente marido una carta en la que le pide que se preocupe por los derechos de las mujeres. La preocupación de Abigail Adams por lograr que ellas tuviesen voz y representación en el nuevo marco legal nacido con la revolución es sólo una cara de las muchas que presentó el universo femenino en momentos tan determinantes de la historia de los nacientes Estados Unidos de América.

Otra forma de implicarse en la revolución fue la de Deborah Sampson, transmutada en Robert Shurtliff para poder participar en la lucha patriótica de su país. El “travestismo indumentario” de esta mujer no fue un hecho aislado en la historia de la lucha femenina por participar en terrenos vedados a su género. Otras antes y después de ella emplearon el mismo método. Mientras la esposa de John Adams fue el paradigma de *Founding Mother* por razón de matrimonio, Sampson lo fue por implicarse abiertamente en la lucha armada, ocultando su identidad femenina. La joven que pasó de coser los uniformes militares a inscribirse como soldado en el regimiento de Massachusetts procedía de una familia cuyos antepasados, tanto maternos como paternos, habían llegado a América en el *Mayflower*. Siendo muy pequeña tuvo que salir de la casa familiar, debido a la miseria en que habían quedado su madre y sus hermanos tras el inexplicable abandono del padre. Deborah fue a parar a una familia de acogida en la que había muchos varones. La convivencia con ellos le permitió darse cuenta de que ella era capaz de hacer lo mismo que los chicos, tanto en el trabajo en el campo como en el manejo de las armas.

Al estallar la guerra contra Gran Bretaña, Deborah vio marchar hacia el frente a los jóvenes con los que había compartido su infancia. El sentimiento de que estaban luchando y muriendo por su país provocó en ella un patriotismo que no sabía cómo canalizar. La única manera que encontró de imitarles y dar rienda suelta a esa imperiosa llamada fue vestirse de hombre e inscribirse como soldado. Lo hizo adoptando el nombre de Robert Shurtliff, que era el de un hermano mayor recientemente fallecido. Dotada como estaba de una potente complexión física y de una gran fuerza de voluntad, no le fue muy difícil conseguir su objetivo. También contribuyó a ello el drástico descenso del número de voluntarios alistados tras varios años de guerra. Suavizadas por este motivo las condiciones requeridas para el alistamiento, Deborah lograría incorporarse a filas la segunda vez que lo intentó y luchar por la independencia de los Estados Unidos. Sin embargo, su impostura no se mantendría mucho tiempo. En 1783, poco antes de la firma del tratado de París, tuvo que ser atendida por un médico, que inmediatamente se dio cuenta de que aquel soldado era en realidad una mujer.

18. M. L. Bohrer, *Glory, Passion and Principle. The Story of eight remarkable Women at the core of the American Revolution*, New York, Atria Books, 2003, pp. 155-156.

El descubrimiento del ardid de la joven supuso su inmediata expulsión del ejército, aunque los mandos militares la trataron con respeto y elogiaron la valentía con la que había actuado. De este modo, pudo regresar a casa satisfecha con su actuación.

En los años siguientes, la historia de la valiente “soldado” atrajo la atención de algunos editores que quisieron rentabilizar la ocurrencia de Deborah dándola a conocer con la publicación de libros a los que se promocionaba convenientemente. En 1797, el editor Herman Mann publicó una obra titulada *Memoirs of an American Young Lady*¹⁹ en la que ajustaba la historia de Deborah Sampson al modelo de heroína americana que se quería glorificar. Por entonces, ella era una mujer casada que necesitaba dinero para sacar adelante a sus tres hijos. Esta fue la verdadera razón de su participación en la campaña de conferencias organizada por varios estados para difundir su historia. El resultado no resultó ser, sin embargo, el perseguido por ella. Tendría que recurrir a sus contactos más influyentes en demanda de ayuda económica. Uno de ellos fue el líder revolucionario Paul Revere, que había visto con simpatía el arrojío con el que la joven se lanzó a luchar. Revere escribió una carta a William Eustis, el representante de Massachusetts en el Congreso, solicitando una pensión para Deborah²⁰. En su escrito alegaba los servicios que la heroína había prestado a la causa revolucionaria americana. Esta carta del popular Paul Revere fue determinante para que a Deborah Sampson le concediesen una pensión de invalidez de cuatro dólares al mes.

Es indudable la importancia que estas historias de mujeres tuvieron en la elaboración de un relato femenino propio de la patria norteamericana en construcción. Sin embargo, como era de esperar, el referente simbólico del proceso de emancipación de los nacientes Estados Unidos de América lo proporcionarían seres más sublimes, aunque de apariencia real. La búsqueda de un ideal de mujer susceptible de encarnar el heroísmo nacional culminó con el hallazgo de Molly Pitcher. Este sería el nombre elegido para contar la historia de una de las mujeres que participaron en la contienda militar llevando agua a los combatientes en la batalla de Monmouth y que, además, se atrevió a sustituir a su esposo en el manejo del cañón cuando éste fue abatido. Desde entonces, su figura se asociaría a la leyenda fundacional americana. Si bien no se conocen fuentes primarias de tiempos de la revolución que se refieran a ella, sí que existen algunas posteriores. La

19. H. Mann, *The Female Review: or, Memoirs of an American Young Lady: whose Life and Character are peculiarly distinguished – being a Continental Soldier, for nearly three years, in the late American War. During which time, she performed the Duties of every Department, into which she was called, with punctual Exactness, Fidelity and Honor, and preserved her Chastity inviolate, by the most artful Concealment of her Sex: With an Appendix, containing Characteristic Traits, by different hands; her Taste for Economy, Principles of Domestic Education*, Dedham, printed by Nathaniel and Benjamin Heaton, for the author, 1797.

primera referencia es un texto publicado en 1830 por un soldado raso del 8 regimiento de Connecticut que participó en la batalla de Monmouth. En su testimonio, el soldado asegura que vio a una mujer en pleno campo de batalla manejando un cañón que había quedado desatendido cuando el fuego enemigo alcanzó a su marido. Este temprano relato se construyó con los mismos mimbres empleados en los mitos femeninos de otros procesos nacionales. Sin ir más lejos, la connotación sexual de la alegoría del cañón. La bala que se dirige al cuerpo de una joven mujer y que penetra entre sus piernas sin causarle ningún daño fue un elemento recurrente y de carácter universal:

While in the act of reaching a cartridge and having one of her feet as far before the other as she could step, a cannon shot from the enemy passed directly between her legs without doing any other damage than carrying away all the lower part of her petticoat²¹.

Ésta y otras referencias acerca de la historia de la improvisada artillera eran muy imprecisas. La primera vez que se dio un nombre fue en febrero de 1840 en un ensayo sobre la batalla de Monmouth publicado por George Washington Parke Custis en el “National Intelligencer” de Washington D.C. Este Autor estaba muy bien relacionado con la *élite* política norteamericana puesto que, desde el fallecimiento de su padre, era hijo adoptivo del general George Washington. Custis había sido el encargado de recibir al marqués de Lafayette cuando éste regresó a América en 1824. Con el francés entabló una buena relación personal que le sirvió para escribir unos exitosos artículos, *Conversations with Lafayette*, que publicó en “The Alexandria Gazette” y que en 1859 adoptarían la forma de libro. Es muy probable que los importantes amigos de Custis le proporcionasen información de primera mano del proceso revolucionario francés y de las guerras napoleónicas. En 1840, cuando publicó el trabajo sobre la batalla de Monmouth, ya estaba retirado del ejército del que había sido coronel y se dedicaba a escribir y pintar. En esta obra fue donde por primera vez se utilizó la expresión “Captain Molly” para referirse a una mujer que se puso al frente de un cañón en el campo de batalla:

At this juncture, while Captain Molly was serving some water for the refreshment of the men, her husband received a shot in the head, and fell lifeless under the wheels of the piece. The heroine threw down the pail of water and, crying to her dead consort. «Lie there my darling while I avenge ye», grasped the ramrod the lifeless hand of the poor fellow had just relinquished, sent home the charge, and called to the matrosses to prime the gun and fire. It was done²².

20. M. L. Bohrer, *op. cit.*, pp. 212-213.

21. D. G. Martin, *op. cit.*, p. 1.

22. *Ivi*, p. 10.

Una cosa es el mito, que siguió su propio camino, y otra la historia real de Molly Pitcher, que ha provocado un debate acerca de la verdadera identidad de la artillera. Durante años, historiadores y eruditos locales se han afanado en aportar información lo más exhaustiva posible con el fin de llegar a una pretendida verdad histórica, es decir, esclarecer el nombre real de la joven de la leyenda. En este camino se han encontrado con varias mujeres que protagonizaron historias muy similares a la de Molly. La primera de ellas fue Margaret Cochran Corbin quien, al parecer, también manejó el cañón cuando su esposo John fue herido. También existen datos que demuestran que una mujer llamada Mary Hays recibió una pensión como premio por haber luchado en la batalla de Monmouth en condiciones parecidas a las de Corbin. Es fácil deducir que el nombre de Molly Pitcher fuese el genérico utilizado por los soldados para requerir la presencia de las mujeres que les llevaban agua, tanto para enfriar los cañones como para apagar su sed en medio del fragor de la batalla. De este modo, la identidad de cualquiera de ellas podría ser la de la legendaria heroína. Elizabeth Ellet, que recordemos hizo un recorrido completo por las biografías de las luchadoras de la guerra de la Revolución, nunca incluyó el nombre de Molly Pitcher dentro del prolijo catálogo de heroínas americanas que confeccionó. Sí que incorporó, en cambio, los de Margaret Cochran Corbin y Mary Ludwig Hays. Cuando en su *Revolutionary Women in the War for American Independence* le llega el turno a las revolucionarias del estado de Pennsylvania, cita a Mary Ludwig Hays que, en su opinión, fue la generadora del mito de Molly Pitcher.

Como todas las naciones en ciernes, la república norteamericana necesitaba apoderarse de un cuerpo femenino para encarnar su idealizado proyecto. Lo buscó y lo encontró en la cantarera/artillera Molly Pitcher. Al no tratarse de una referencia accidental sino permanente, se mantuvo viva en la memoria de varias generaciones a través de poemas, panfletos, ensayos, novelas y imágenes²³. Puesto que el fin al que servía este relato no precisaba aclarar la confusión creada entre mito y realidad, muchos norteamericanos lo dieron por bueno sin plantearse si se trataba de un personaje real o alegórico. La iconografía, la literatura y la transmisión oral fueron las encargadas de elevar a la categoría de heroína nacional a una simple mujer. El mito, por tanto, cumplía con ello su función social al compendiar en una persona de carne y hueso los valores nacionales considerados dignos de gloria.

A lo largo de los siglos XIX y XX numerosos libros y artículos periodísticos se centraron en la historia de esta mujer, preocupándose por su exacta filiación, buscando los orígenes en tal o cual familia, en este o aquel pueblo. El objetivo de muchos de ellos era conseguir atribuirle una identidad concreta al mito. Estos trabajos, algunos muy prolijos, giraban sobre

23. C. Berkin, *op. cit.*, p. XI.

el mismo tema sin aportar ninguna novedad respecto de los primeros testimonios ya citados. En 1972 Samuel S. Smith publicó *A Molly Pitcher Chronology*²⁴, con la pretensión de resumir todas las fuentes existentes sobre la vida de esta mujer. Su conclusión fue que la leyenda se edificó con el soporte biográfico de Mary Hays. En los años siguientes se publicaron obras en las que se insistía en la importancia histórica de las *camp followers* y su relevancia social en los campamentos, restando importancia a los detalles concretos del mito. Algunos, no obstante, siguieron entrando en la polémica sobre el origen familiar de la mujer que hizo surgir la figura irreal de Molly Pitcher. Este camino conducía a una espiral de difícil salida en la que han entrado Autores como David G. Martin, que ha centrado toda su investigación en demostrar que Molly Pitcher existió y que fue Mary Hays. Su obra, basada en este presupuesto inmutable, aporta incontables datos — la mayoría de ellos ciertos — acerca de la existencia real y de las hazañas de la heroína nacional. Otros, en cambio, no necesitan dar tantas vueltas para afirmar rotundamente que Molly Pitcher no existió²⁵.

Agustina de Aragón tuvo una “doble”

Agustina de Aragón tuvo una “doble”. De este modo titulaba José Antonio Antequera un artículo publicado en “ABC” el 22 de junio de 1966 con motivo de las efemérides del 4 de julio estadounidense. Dice el articulista que buscando documentación sobre la gran fiesta patriótica americana encontró un grabado que le hizo inmediatamente preguntarse: «¿Qué hace aquí Agustina de Aragón? y ¿qué significa esta versión, libre por demás, del aguafuerte goyesco que recoge magistralmente el histórico episodio del Portillo zaragozano, tan conocido y divulgado?». La curiosidad del periodista le llevó a descubrir que se trataba de una heroína americana llamada Molly Pitcher cuya historia e iconografía eran, sorprendentemente, casi idénticas a las de la heroína de los sitios de Zaragoza. Puesto que no cabía ninguna duda del absoluto parentesco entre los dos relatos y los dos grabados, la cuestión que procedía plantearse era quién había influido a quién.

El armazón de la leyenda de Agustina Zaragoza Doménech se inició en el momento de producirse los hechos y se fue retroalimentando en las décadas siguientes al albur de los cambios sociales y de las necesidades puntuales del relato nacional. Así, tras superar el primer sitio de la ciudad de Zaragoza, el general José Palafox, capitán general de Aragón, pensó que sería conveniente que un gran pintor como Francisco de Goya inmortalizara

24. S. S. Smith, *A Molly Pitcher Chronology*, Monmouth Beach (NJ), Philip Frenau Press, 1972.

25. C. Berkin, *op. cit.*

zase los sucesos que estaban teniendo lugar en la capital aragonesa. Con este fin, a principios del mes de octubre emprendería el viaje desde Madrid. Su estancia en Zaragoza duraría, sin embargo, poco tiempo. La derrota de los generales Castaños y Palafox en Tudela en noviembre provocó su regreso a la capital, sin mucho ánimo para emprender la tarea encomendada. Esperaría hasta 1810 para retomar el proyecto y ponerse a trabajar en el tema. De la serie de estampas que finalmente realizó, denominadas genéricamente *Los desastres de la guerra*, la número siete representaba la gesta atribuida a Agustina de Aragón. Bajo el título *Qué valor* el insigne pintor dibujó una figura de mujer encaramada a un montón de cadáveres para seguir disparando sobre los franceses el cañón que había quedado desatendido por la muerte del artillero. Aunque el dibujo describía exactamente la figura histórica de Agustina de Aragón, esa no fue la intención del artista. Con este dibujo Goya quería dar a conocer el valor exhibido por numerosas españolas anónimas durante los convulsos años de la guerra de la Independencia. La forma que tuvo de desdibujar el rostro de la joven artillera respondía a su afán de reconocer el mérito de la gesta colectiva en lugar de reivindicar el protagonismo de personajes concretos²⁶.

Palafox también pidió a los profesores de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando Juan Gálvez y Fernando Bambrilla que viajasen a Zaragoza para inmortalizar la épica hazaña de aquel pueblo. Ambos artistas realizaron un amplio trabajo en el que recogieron escenas de la asediada ciudad de Zaragoza y doce retratos de los protagonistas de los hechos. Ocho de ellos eran de hombres, sin faltar José Palafox, y cuatro de mujeres. Las retratadas fueron María Agustín, con un cántaro y una cesta repleta de municiones para los soldados; Casta Álvarez, armada con una bayoneta; María Consolación de Azlor y Villavicencio, condesa de Bureta, esperando enfrentarse a los franceses delante de un grupo de hombres a los que dirigía y Agustina de Aragón en el momento de disparar el cañón. Tanto éxito tuvo el grabado que Gálvez y Bambrilla dedicaron a Agustina de Aragón que, junto con el de Goya, terminaron siendo los referentes iconográficos del mito de la artillera zaragozana a lo largo del siglo XIX. Existen, no obstante, diferencias esenciales entre ellos. Mientras que el pintor aragonés no pretendió que su heroína tuviese una identidad concreta, los dos profesores de Bellas Artes incluyeron en su grabado un texto que no dejaba lugar a dudas de quien era la bella mujer que disparaba el cañón:

Agustina de Aragón. Conocida generalmente con el nombre de *La Artillera*. En el ataque del 4 de julio cuando los franceses envistieron furiosamente a la batería del Portillo, Agustina, viendo caer muertos o heridos a todos los que la servían, trepa denodadamente por encima de los cadáveres, coge la mecha de manos de uno que acababa de espirar y la aplica a un cañón, jurando no desampararle

26. V. Bozal, *Francisco de Goya, vida y obra*, Madrid, Tf, 2005, p. 93.

mientras durase el sitio. Este heroico ejemplo alentó a los patriotas que corrieron a la batería y rechazaron de ella a los enemigos. La heroína fue condecorada con un escudo de honor y con las insignias de oficial.

La fuerza con la que se fabricó la gesta de Agustina de Aragón fue de tal magnitud que traspasó las fronteras españolas. Sin duda, la difusión de la historia de la joven heroína fuera de España fue posible gracias al impacto que la contundente reacción de los españoles ante la invasión napoleónica causó en Europa. Como hemos visto, Gran Bretaña fue el país más receptivo a la leyenda sobre la heroicidad española generada a través de numerosos relatos de viajes. Después sería el principal divulgador de la imagen de la heroína de los sitios de Zaragoza. A este país irían a parar las pruebas de estado de la serie *Los desastres de la guerra* que Francisco de Goya regaló a su amigo Juan Agustín Ceán Bermúdez. El contenido de estas estampas encuadradas en un álbum llevaba un título largo y revelador de la visión universal que Goya tenía del conflicto: *Fatales consecuencias de la sangrienta guerra en España con Buonaparte y otros caprichos enfáticos en 85 estampas inventados, dibujados y grabados por el pintor original D. Francisco de Goya y Lucientes*. En el álbum, que actualmente se conserva en el British Museum, hay una anotación, posiblemente de Valentín Carderera que fue quien vendió las estampas al museo, que dice lo siguiente:

Este ejemplar es el único que se arregló completo p[ar] Ag[ustin] Ceán Bermúdez escribiese los epígrafes y la portada o frontispicio — así debe tenerse en mucho estima. Los epígrafes están escritos a lápiz p[o]r Goya sobre ellos debía d[ic]ho Bermúdez escribirlos con buena ortograf[ía] a la q[ua]l no llego a verificarse²⁷ (*sic*).

Aunque las primeras y más conocidas imágenes de Agustina de Aragón las realizaron pintores españoles, pocos años más tarde también sería un tema representado en cuadros de artistas extranjeros. El pintor escocés David Wilkie fue el primero en dedicarle un óleo titulado *La Defensa de Zaragoza*. Este cuadro, pintado en 1828, enaltecía la gesta de Agustina de Aragón, que era dibujada con porte escultórico en la acción de disparar el cañón. La artillera estaba rodeada de figuras masculinas que aparecían inermes a causa de las heridas recibidas en la refriega o sobrecogidas ante el arrojó de la mujer. Wilkie incluyó en esta composición a un fraile, posiblemente el obispo Basilio Boggiero, uno de los hombres que más influencia ejerció sobre José Palafox. Boggiero había sido un personaje distinguido durante los sitios de la ciudad por su cercanía al capitán general de Aragón, de quien fue maestro. La tradición le atribuye la redacción de las

27. Ejemplar consultado en el British Museum en junio de 2011.

proclamas y manifiestos que Palafox publicó durante la lucha contra los invasores. Su muerte a manos de los franceses en 1809 le convirtió en uno de los primeros mártires de la defensa de Zaragoza. En el cuadro de Wilkie aparece escribiendo un documento al dictado de un personaje que podría ser el propio general Palafox vestido de civil, como un defensor más de la ciudad. Esto es lo que se afirma, por ejemplo, en el catálogo de la Royal Collection (Windsor), a la que pertenece el óleo *La Defensa de Zaragoza*.

David Wilkie formó parte del grupo de pintores británicos que desde finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX se sintieron atraídos por la sociedad española, por su historia y por su arte. En 1827, tras recorrer varios países de Europa, llegó a España, dispuesto a estudiar en el recién inaugurado museo del Prado las obras de los grandes maestros de la pintura española, especialmente Velázquez y Murillo. Él abrió la puerta a otros artistas europeos que, fascinados por el arte de estos maestros, siguieron llegando en las décadas siguientes. El viaje europeo de Wilkie, del que España fue destino esencial, despertó el interés del artista por los temas históricos. La reciente guerra de la Independencia quedó reflejada en varias obras sobre los aspectos populares del conflicto, por ejemplo, *The Spanish Posada: A Guerilla Council of War*; *The Guerilla Return*; *The Guerilla Departure*. Estos cuadros fueron difundidos en grabados de poca calidad que se vendían a bajo precio, al tiempo que despertaban el interés del rey Jorge IV, que los adquirió para incorporarlos a la colección real.

Durante los meses que David Wilkie pasó en España coincidió con el escritor norteamericano Washington Irving, residente en Europa desde hacía varios años y que en esas fechas ocupaba el cargo de agregado de la embajada de su país en Madrid. Una de sus tareas era estudiar en El Escorial, Sevilla y Granada los documentos relativos al descubrimiento de América. La relación entre ambos tuvo que ser bastante estrecha, pues el pintor le acompañó a visitar varias ciudades, entre otras, San Lorenzo de El Escorial, Sevilla, Toledo. De este periplo realizado por los dos extranjeros por España data el retrato que Wilkie hizo del escritor titulado *Washington Irving in the Archives of Sevilla*. Irving, por su parte, le dedicó una de sus principales obras, *Cuentos de la Alhambra*, publicado en 1832. Ambos gestos muestran la estrecha amistad surgida entre estos dos cultos viajeros y lo que admiraban el sabor exótico de la cultura española.

En 1828, David Wilkie terminó su trabajo en España y emprendió el viaje de regreso a Gran Bretaña. A su paso por Francia, tuvo la oportunidad de entrevistarse con Delacroix a quien le mostró las obras que acababa de pintar. El creador francés quedó profundamente impresionado con el estilo y la temática de estos cuadros. Hasta tal punto esto fue así que la influencia de alguno de ellos, sin ir más lejos *La Defensa de Zaragoza*, se dejaría sentir en obras tan célebres como *La libertad guiando al pueblo*. Delacroix realizó esta pintura poco tiempo después de su encuentro con Wilkie para reflejar la lucha vivida en Francia durante la revolución de

1830. Tanto en el lienzo del pintor escocés como en el del francés, las figuras femeninas asumen el liderazgo de la lucha del pueblo en la gran gesta colectiva vivida, la española de 1808 en el caso de David Wilkie y la francesa de 1830 en el de Eugène Delacroix. Ambas composiciones comparan, además del tema alegórico central, una gran similitud estética y formal. Construidas con una estructura triangular, la narración de la historia se sustenta en una base constituida por personajes masculinos heridos o muertos sobre los que se eleva triunfante una mujer que enarbola una tela, bandera en el caso de Delacroix. Las dos composiciones son muy dinámicas, gracias al movimiento que imprimen las heroínas, que se imponen en el primer plano. El fondo es también muy parecido, con escenas de lucha tan difuminadas que impiden apreciar con claridad el paisaje.

Mientras esta temática épica de gusto romántico se difundía por Europa, los artistas americanos se planteaban qué hechos históricos eran merecedores de ser representados en sus obras. Los retratos de los padres de la patria y las principales gestas de la guerra de la Revolución serían los temas más recurrentes entre los pintores del primer tercio del siglo XIX²⁸. Uno de los más populares fue Thomas Sally, que había estudiado en Gran Bretaña con el pionero de la pintura histórica americana Benjamin West. Los retratos que Sally hizo de John Quincy Adams y de La Fayette cosecharon un gran éxito, aunque su obra más conocida fue *Passage of the Delaware* protagonizada por el héroe patriótico George Washington cruzando el mítico río Delaware. En el mismo año de realización de este cuadro, 1819, el gobierno de los Estados Unidos adquirió *Declaration of the Independence* de John Trumbull, exhibida unos años más tarde en la rotonda del Capitolio de Washington. La exposición pública de la obra en 1826 se convirtió en un verdadero fenómeno social que congregó a miles de ciudadanos deseosos de contemplarla. La *Declaration of the Independence* adquirió aún más popularidad gracias al grabado que el propio Trumbull encargó Asher B. Durand. Este eminente grabador participaba en el esfuerzo colectivo de crear una identidad cultural nacional estadounidense. Primero lo había hecho como retratista y a partir de los años Cuarenta como el máximo representante de la escuela americana de paisajismo.

De 1840, fecha en la que Asher B. Durand iniciaba el viaje por Europa que le llevaría a convertirse en el mejor paisajista norteamericano de su generación, datan las primeras referencias sobre la existencia de una pintura en la que aparecía la heroína de Monmouth. Fue un afamado historiador, periodista e ilustrador americano llamado Benson J. Lossing quien dio cuenta de la existencia de esta representación plástica de la artillera americana. Lossing era un artista de éxito gracias a las ilustraciones que publica-

28. W. Ayres (ed.), *Picturing History. American Painting. 1770-1930*, New York, Rizzoli-Fraunces-Tavern Museum, 1993.

ba en prestigiosos periódicos como el “New York Mirror”. En esas fechas estaba inmerso en el ambicioso proyecto de escribir un gran fresco de la revolución americana, que vería la luz en 1851 con el título *Pictorial Field-book of the American Revolution*. Con el fin de documentarse para esta gigantesca obra viajó por todo el territorio americano y consiguió reunir un valioso material, tanto gráfico como oral. En 1850, visitó a George Washington Parke Custis en su residencia de Arlington donde vio el citado cuadro sobre la batalla de Monmouth. Con el título *The Field of Monmouth*, representaba el campo de batalla de Monmouth dominado por el general George Washington a caballo. La novedad no era la figura egregia del héroe de aquella batalla sino la figura femenina situada junto a un cañón. La atracción que Custis sentía por la historia de Captain Molly, — este fue el primer nombre que se usó para referirse a la joven heroína — le había llevado a realizar él mismo la obra que colgaba en las paredes de su casa²⁹. Lossing, muy interesado en que el tema figurase en su libro, consiguió que Custis le diese permiso para publicar una copia de la obra. Partiendo de esta pintura, Alexander Anderson, el pionero de la grabación en madera en los Estados Unidos, realizó el grabado que fue incluido en *A Pictorial Field-book of the American Revolution* con la siguiente explicación:

This outline sketch is from a copy of the picture at Arlington House (the seat of Mr. Custis), which I made, by permission, in November, 1850 [...] The engraving was executed by Dr. Alexander Anderson, the pioneer wood-engraver in America, at the age of seventy-seven years. Both painter and engraver have passed several years beyond the age allotted to man. Since I made this copy, Mr. Custis has completed four other historical pictures — *Germantown, Trenton, Princeton, and Yorktown*, and thus has perpetuated on canvas the memory of the principal battles in which his illustrious Foster-father was engaged³⁰.

Esta versión del mito de la artillera norteamericana contiene los elementos referenciales básicos de la gesta patriótica de Monmouth, donde el protagonismo no recae en la joven artillera, sino en los generales Washington y Greene. Estos dos personajes, montados en sus blancos caballos, comparten el primer plano de la escena con tres figuras tendidas en el suelo a consecuencia de la refriega vivida. La composición está deliberadamente exenta de la crudeza propia de la lucha en el campo de batalla, para poder, según argumenta Lossing, incluirla en su libro: «As it exhibits none of the horrid scenes of slaughter which generally characterize battle-pieces, I have not hesitated to introduce it»³¹.

29. R. Raphael, *Founding Myths. Stories that hide our Patriotic Past*, New York, The New Press, 2004, p. 36.

30. B. J. Lossing, *A Pictorial Field-book of the American Revolution*, New York, Harper Brothers, 1859, p. 155.

31. *Ibidem*.

La acción de la heroína de Monmouth ocupa la parte izquierda de la escena y es homologable en el fondo, aunque no en la forma, a las representaciones realizadas en Europa sobre la artillera de Zaragoza. Se trata de la imagen de una joven que forma parte de un grupo de hombres situados en torno a un cañón, algunos de ellos yaciendo en el suelo, heridos o muertos, y otros manteniendo una actitud combativa. En todo caso, Molly Pitcher es la más activa del grupo, preparada a disparar la pieza de artillería en cualquier momento. La explicación de la escena que Lossing hace en su libro abunda en los códigos narrativos de la historia con la que se dio a conocer en Europa la gesta de Agustina de Aragón:

In the action in question, while her husband was managing one of the field-pieces, she constantly brought him water from a spring near by. A shot from the enemy killed him at his post; and the officer in command, having no one competent to fill his place, ordered the piece to be withdrawn. Molly saw her husband fall as she came from the spring, and also heard the order. She dropped her bucket, seized the rammer, and vowed that she would fill the place of her husband at the gun, and avenge his death. She performed the duty with a skill and courage which attracted the attention of all who saw her³².

La pintura de Custis y el grabado que Lossing publicó no fueron las únicas representaciones visuales de la artillera norteamericana. En estos años centrales del siglo XIX se empezaron a dar a conocer otras imágenes de la heroína, que, detalles formales aparte, siguieron fieles al relato original. La que provocó la confusión del periodista del “ABC” a la que nos referíamos más arriba fue realizada en 1848 por el grabador Nathaniel Currier. Esta obra presentaba la originalidad de utilizar por primera vez el nombre de Molly Pitcher para referirse a la mujer del conocido relato épico. El éxito de la sociedad Currier and Ives, constituida en 1850 cuando Nathaniel Currier se asoció con el grabador J. Merrit Ives, explica la popularización de la imagen de la joven que encarnó el heroísmo de las mujeres de la revolución americana, leyenda idealizada en las décadas siguientes a través de numerosos grabados y óleos.

Lo que parece bastante evidente es que en la articulación del ídolo femenino de la batalla de Monmouth fue decisiva la difusión del relato de Agustina de Aragón. Los testimonios que apuntan en esta dirección muestran, asimismo, el escaso interés de los estadounidenses en confirmar unos datos que conducían a verles privados de uno de sus mitos fundacionales. El 18 de mayo de 1876, con motivo del primer centenario de la guerra de la Revolución, Wesley Miles, un antiguo residente en Carlisle, Pennsylvania, la localidad donde fue enterrada Molly McCauley, publicó en el “Carlisle Herald” un artículo en el que desvelaba el origen de la leyenda:

32. *Ibidem*.

*Reader, the subject of this reminiscence is a prototype of the “Maid of Saragossa”. The heroine of Monmouth, Molly Pitcher*³³. Unas décadas más tarde, en 1907, Jeremiah Zeamer, editor de “Carlisle American Volunteer”, escribió un artículo titulado *Molly Pitcher. Story analyzed* en el que afirmaba con rotundidad que la existencia de esta mujer fue pura invención. Aseguraba, además, que la leyenda fue una copia de la historia de la artillera de Zaragoza que lord Byron había popularizado con el éxito de su poema *Las peregrinaciones de Childe Harold*:

I rather incline to the theory that the Monmouth story was inspired by the story of the Maid of Saragossa (Zaragosa). The two have marks of resemblance, viz: the Maid was 22 years old, which, according to most writers, was the Monmouth woman’s age; the Maid had a lover who fell at the gun and at Monmouth the woman had a husband killed.

The siege of Saragossa took place in 1808-1809. Byron immortalized the Maid in his *Childe Harold*, written in 1810 or 1811 and published in 1812. *Childe Harold* did not reach general circulation in America till years afterwards and it was not till the world was generally informed of the deed of Saragossa that it became known that similar act had been performed by a woman at Monmouth³⁴.

Poca trascendencia tuvieron estas palabras. Como era de esperar, Molly McCauley quedaría consagrada con todos los honores como la legendaria Molly Pitcher, exenta de cualquier tipo de influencia foránea. Recientemente, el historiador Ray Raphael ha cuestionado los más célebres mitos patrióticos norteamericanos, sosteniendo que la mayoría de los ciudadanos los consideran verdades históricas pese a tratarse de simples tradiciones. Respecto al relato de Molly Pitcher, Raphael niega una veracidad que terminó por afianzarse sin rigor alguno. Siguiendo la línea abierta en 1907 por Zeamer, dice que esto se debe a la necesidad patriótica de crear héroes nacionales: «So eager we are for a revolutionary heroine that we have made Molly Pitcher, a folk legend, into a real person»³⁵. Por este motivo, a cierto patriotismo norteamericano le resulta tan difícil considerar que tras la gran semejanza entre Agustina de Aragón y Molly Pitcher hay algo más que una simple coincidencia.

Conclusiones

La leyenda de Agustina de Aragón se impuso en el imaginario colectivo español como encarnación del valor femenino en tiempos de emergencia nacional. La figura de madre coraje dispuesta a proteger a sus hijos de

33. R. Raphael, *op. cit.*, p. 38.

34. D. G. Martin, *op. cit.*, p. 142.

35. R. Raphael, *op. cit.*, p. 29.

la furia de enemigos exteriores era propia de las guerras de defensa, como la de la Independencia española, lo que explica su fuerte significación universal. Gran Bretaña fue el país que internacionalizó la historia de esta heroína que, en principio, parecía tener un sello bastante local. *Narrative of the Siege of Saragoza*, obra publicada en 1809 por el diplomático británico Charles Richard Vaughan, recogió por primera vez la hazaña de la artillera española y la hizo circular fuera de España. Dos años más tarde, el escritor John Carr amplió la fama de la joven de los sitios de Zaragoza al elogiar su valentía y belleza en *Descriptive Travels in the Southern and Eastern Parts of Spain and the Balearic Isles in the year 1809*. Este libro estaba dedicado a Henry Richard Vassal Fox, barón de Holland, que también recorrió la España en guerra en compañía de su esposa Elizabeth. La amistad de la pareja con prohombres del momento, Gaspar Melchor de Jovellanos por ejemplo, les proporcionaría información de primera mano sobre el curso del conflicto y sus protagonistas. Cuando el matrimonio regresó a Londres tras su periplo español es muy probable que en la influyente tertulia que celebraban en su casa se hablase de las andanzas de Agustina de Aragón. Entre los muchos asistentes a la aristocrática residencia londinense de los Holland figuraba el escritor lord Byron. El poeta inglés frecuentaba salones como éste, aunque la mayor parte de su vida adulta la pasaría viajando por el mundo. Su llegada a España en plena guerra de la Independencia le permitió conocer sobre el terreno la heroicidad y el sufrimiento del pueblo español en circunstancias tan extremas como fueron aquellas. Las experiencias vividas en estos viajes las plasmó en el poema *Las peregrinaciones de Childe Harold*, con el que obtuvo un gran prestigio literario. El elogio que en una obra tan exitosa como ésta hacía del valor de Agustina de Aragón fue determinante para popularizar a nivel internacional el mito de la heroína española.

Unos años más tarde, la leyenda de la artillera de Zaragoza difundida por los relatos de estos ilustres viajeros pasó de Gran Bretaña al otro lado del océano Atlántico. En los nacientes Estados Unidos de América sirvió de modelo para la construcción de la imagen patriótica de Molly Pitcher, su heroína nacional. Puesto que la guerra de la Revolución americana se produjo treinta años antes que la guerra de la Independencia española, en principio, se podría pensar que Molly Pitcher fue la inspiradora de Agustina de Aragón. Sin embargo, no existieron representaciones visuales de la artillera norteamericana hasta los años Cuarenta, lo que significa que la iconografía española sobre Agustina de Aragón fue muy anterior a la americana. Sin ir más lejos, el grabado que confundió al periodista de “ABC” lo realizó Nathaniel Currier en 1848.

El escritor americano Benson J. Lossing fue quien dio a conocer la existencia de una pintura sobre la batalla de Monmouth en la que se reconocían los elementos esenciales del relato de la mujer y su cañón. Él había visto en la casa de George Washington Parke Custis, hijo adoptivo de *Founding*

Father George Washington, un cuadro sobre esta historia. Custis fue el primero en dar a conocer la mítica narración en un artículo publicado en 1840 en el “National Intelligencer” de Washington D.C. Este influyente personaje pudo tener información de la heroína de los sitios de Zaragoza a través de los muchos contactos que su elevada posición social le brindaba. Uno de ellos fue el marqués de La Fayette, a quien recibió en 1824 cuando el noble francés regresó a los EEUU, invitado por el presidente James Monroe. La Fayette, que iba a ser homenajeado por el país que contribuyó a fundar, estaba lo suficientemente bien informado de lo que se debatía en Europa como para poder haber hablado a Custis de la *Maid of Saragossa*.

Washington Irving y Charles Richard Vaughan pudieron, asimismo, ser canales de penetración del mito femenino español en los flamantes Estados Unidos. Ambos eran buenos conocedores de los detalles de la guerra de la Independencia y con esa experiencia acumulada viajaron en los años Veinte y Treinta desde Europa hasta América. El Autor de los *Cuentos de la Alhambra* había formado parte de la lista de ilustres asiduos a la tertulia londinense del matrimonio Holland. Por otra parte, durante su estancia en España trabó amistad con David Wilkie, el Autor del admirado óleo *La Defensa de Zaragoza*. Es sabido que después de vivir en Europa durante diecisiete años, Irving regresó a su país en 1832. Le acompañaba la rica información procedente de los poderosos círculos sociales y políticos que había frecuentado en el viejo continente. También el diplomático británico Charles Richard Vaughan estaba al cabo de la calle de la reacción del pueblo español tras la invasión napoleónica. Su conocimiento de la historia del país continuó tras la guerra al ser secretario de la Legación británica en España como encargado de Negocios de 1810 a 1815 y sustituir al embajador Henry Wellesley de agosto de 1815 a diciembre de 1816³⁶. Después de realizar misiones diplomáticas en varios países europeos y asiáticos, en 1825 fue destinado a la embajada británica en los Estados Unidos. Seguramente, en los diez años de residencia en este país tendría numerosas ocasiones de hablar de su vivencia española y de los héroes que el conflicto contra los franceses generó. En suma, políticos, diplomáticos, escritores, artistas, todo ellos fueron, en mayor o menor medida, canales de penetración de la historia de Agustina de Aragón en los Estados Unidos y, por tanto, fuentes en las que se nutrió la leyenda de Molly Pitcher.

36. M. Moreno Alonso, *Las “cosas de España” en Inglaterra. Un país ante la mirada del otro*, Sevilla, Alfar, 2007, p. 94.